La amenaza

Un rey, una dama, una torre, un alfil y un caballo de ajedrez están en el tablero representados por las letras J, K, L, M y N, aunque no necesariamente en este orden. Deduzca qué pieza es cada letra, sabiendo que cada número indica cuántas piezas amenazan a dicha casilla.

			J				
	K						
	3						L
					M		2
N							
		2					

SOLUCION

J=Dama; K=Rey; L=Torre; M=Alfil; N=Caballo.

Número oculto

Deduzca un número de cuatro cifras distintas, que no empieza con cero, a partir de las pistas numéricas. En la columna B (de BIEN) se indica cuántas cifras correctamente ubicadas tiene ese número con el buscado. En la columna R (de REGULAR) se indica la cantidad de cifras comunes, pero fuera de posición.

SOLUCION 2138

				B	R
				4	0
8	1	7	6	1	1
9	3	4	2	0	2
5	6	3	0	1	0
9	3	7	1	0	2
8	9	5	0	0	1
2	7	5	6	1	0

Verano/12



CREMAS BRONCEADORAS

Por Ignacio Carrión

He paseado por la playa cuando se quedó desierta al anochecer. Como es habitual a esta hora, flotaban en la orilla cortezas de melón, compresas higiénicas, hombreras femeninas ortopédicas y envases de todo tipo. Por supuesto, las papeleras rebosaban desperdicios. Una absurda avioneta sobrevoló el litoral por última vez, agitando su anuncio de cremas bronceadoras.

Embalsamados en leches hidratantes como muertos en cueros vivos, dos seres se acariciaban apasionadamente ennobleciendo así esta postal de basura húmeda.

¿Podía acaso reconocer lo que fue antes un espacio abierto y limpio en el que se refrescaban los cuerpos con la brisa y el agua?

Ahora todo parecía igual: un solárium dispuesto para el próspero negocio de la cosmética internacional, que promete transformar a cualquier humeante criatura blanca en otra negra sin alterar sus genes y en una milagrosa operación de torrefacto contra reloj.

Los bañistas, que jamás pisan el agua, nadaban muy felices en ese inmenso muestrario de cremas protectoras numeradas del dos al veinte, porque hay que abusar del sol engañando al sol. Algunos se aplicaban ungüentos autobronceadores. Otros untaban su piel con cremas provistas de filtros fotoprotectores al 200 por ciento, vitamina E contra las arrugas y el envejecimiento, agentes matizantes, liposomas y antirradicales libres.

¿Qué harán esos antirradicales libres encerrados en tubos de cinco centímetros? Cuando ya habían fabricado estas cataplasmas, aún quedaba la protección labial y un toque con el aerosol repelente de insectos. Después, siempre cabía la posibilidad de ingerir comprimidos de zanahoria, que les hacían mover las orejas intensamente de contento como un asno. Entonces vi a una hermosa muchacha que, en este estado de embriaguez general, aparentaba leer el último best seller.

EN LA TINAJA

Eduardo Berti nació en Buenos Aires
de 1983 trabajó en varios medi
actualmente es redactor de **Página**
ensayos sobre música: "Spinet
iluminaciones" (1988) y "Rockol

Por Eduardo Berti

Había que plantar los geranios y podar los setos. Era miércoles a las cuatro de la tarde y la quinta lucía abandonada, como siempre entre semana; más aun bajo un cielo gris ferrugiento. Ellos habían huido de sus oficinas con la misma y torpe excusa; la zona de casaquintas parecía una ciudad desolada.

Mientras el hombre agachado entre los geranios cavaba la tierra, la muchacha bañaba su cuerpo en una tinaja que había hecho rodar hasta el césped mientras la muchacha hundía sus hombros en la tinaja repleta, el hombre olía sin sorpresa la humedad del suelo mientras el hombre olfateaba, la muchacha exhalaba por la nariz unas burbujas con el agua bailoteando bajo sus ojos cuando el hombre terminó su tarea y las herramientas cayeron a sus pies, la muchacha llevaba varios minutos con la cabeza sumergida cuando el hombre la llamó dando un grito que atravesó la quinta, la muchacha lanzó una última y redonda burbuja de ahogo cuando el hombre no obtuvo respuesta al tercer llamado, comenzó a temer por ella mientras el hombre corría hacia la casaquinta entre tropiezos con los pies embarrados; vio la tinaja.

¿Está muerta?, no se atrevía a averiguar él, de pie de frente a la vasija. Sí, está muerta. No, no está. Sí, está muerta y es fácil adivinarlo por la quietud del agua. No está muerta, está a punto de batir un nuevo exagerado record y asomará luego de un brinco. Está muerta y no debería haber alentado ese juego estúpido. Ahora el hombre veía el ondular lento, ingrávido del cuerpo; parecía un cuerpo sin huesos, desgraciado, creyó escuchar un ronroneo de voces en las espirales que contorneaban las curvas de la vasija.

La muchacha solía pasar el tiempo sumergida. Bajo el agua se alentaba a batir sus propias marcas de inmersión y sólo se abalanzaba hacia la superficie cuando intuía haber superado la marca anterior. Un dedo en el agua, eso hizo él; metió un dedo en el agua tibia y espesa. Pensó: debo morir yo también, del mismo modo que ella, a su lado, en la tinaja. Dos días atrás habría destrozado la tinaja de un solo golpe de martillo; una explosión de agua y el cadáver desplomado contra el suelo, entre goterones y astillas terracota. Pero lo ocurrido detenía su ira. En un arrebato de pasión, algo parecido a la locura, el hombre había pactado con la muchacha tres promesas y una lo obligaba a seguir sus pasos y a matarse del mismo modo. Ella era tan joven que su muerte le había resultado irreal aquella noche, pero ahora un hombre de cuarenta años como él debía esforzarse en morir igual que ese hermoso cadáver veinteañero.

Pisó espantado en la tinaja boquituerta, sumergió su torso recién desnudado y tras una cavilación, que él mismo logró sacudir con un movimiento de hombros, se descubrió inmerso aunque demasiado apretujado. Veía flamear la mandíbula de la muchacha. Asomó la cabeza y volvió a hundirla tras doblar aún más sus piernas y encogerlas contra el pecho. Seguía incómodo. Su cara enrojecida apareció en la superficie y volvió a sumergirse tantas veces que esos gestos parecieron más los de un nadador que los de un suicida. La muchacha no le dejaba suficiente agua; no entraban los dos allí. Salió con una urgencia que no había mostrado al introducirse.

Sacar a la muchacha de la tinaja era su plan pero pronto comprobó que no podía con el peso del cadáver. Había arqueado su espalda, las dos manos bajo el agua rodearon la cintura, tironeó en vano hacia arriba. Con cuidado, se repitió; si rompía la vasija no tendría dónde cumplir su promesa. Fue hasta la cocina y regresó con una olla que podía emplearse para sacar agua. Así han hecho los tripulantes de tantos botes inundados a punto de irse a pique. La tarea demanda más de media hora pero, una vez vacía, la tinaja resulta fácil de inclinar y puede deslizarse el cadáver. Rumbo a la cocina, al atravesar la casa, había visto el vestido; ahora la tinaja debía esperar allí tumbada. Ante él yacía la muchacha semidesnuda mostrándole el vientre hinchado de agua y él quiso arroparla bajo aquel vestido de lino blanco e hilos de oro que allí estaba sobre el respaldo de una silla. La vistió y llevó en andas hasta la pileta de natación, arreglándole el pelo en el trayecto. Era curioso: al fondo del jardín, en el corazón de la manzana, se congregaban todas las piscinas de las casaquintas como si alguien se hubiese tomado el trabajo de parcelar un pequeño mar.

La muchacha se hundió con poca elegancia. El hombre deshojaba unas flores y esparcía los pétalos, aquí y allá sobre el agua. Una leve corriente estimulada por el viento se empecinaba en llevar los pétalos hacia los bordes para que de nuevo el cadáver se descubriese bajo el agua aún cristalina. El verano era inminente y a sus amigos, que suelen visitar la piscina, no les dejaría bañarse; mantendría el agua sucia, verdosa. Pero la muchacha ahora volvía a flotar, aunque de espaldas y con los brazos separados del cuerpo en un involuntario ademán de resignación. Caminó hasta el rincón donde había dejado caer las herramientas y tomó un puñado de ramas verdes y hojas secas que lanzó a la piscina; el agua fue convirtiéndose en algo similar a un pantano. Intentó con un palo que la muchacha muerta girase hasta quedar de nuevo boca arriba pero toda vez que lo conseguía algo volvía a voltearla.

El hombre, sentado sobre el pequeño trampolín, la cara hundida entre las manos, miraba la tinaja color arcilla, la boca estrellada contra el suelo, cuando el ruido de un motor lo distrajo; por el sendero entre los setos adivinó la silueta de un auto azul que aminorando la velocidad se acercaba a la casa. De un salto llegó hasta la vasija y la colocó otra vez sobre su base; recogió la camisa que yacía empapada sobre un charco. Pudo oír cómo alguien abría la cerradura de la puerta principal. Una voz familiar recorría la casa. Contuvo el aire y desapareció bajo el agua; de algún modo su hermana menor había obtenido una copia de la llave; quizá no era la primera vez que usaba la quinta pero sí la menos oportuna. Nadó hasta alcanzar un borde, asomó apenas los ojos y la nariz sobre el enjambre flotante de hojas y ramas. Anochecía y su hermana estaba en el jardín con otra persona, un hombre que él no lograba reconocer; conversaban y parecían examinar la tinaja. Ella señaló hacia la piscina pero su amigo la tomó del brazo y la condujo adentro de la casa. Podrían descubrirlo. Intentó hundir el cadáver de la muchacha trepándose, tironeándolo hacia el fondo. Las luces de la casa se apagaron; apenas si lograba ver un destello en la ventana de la habitación. La camisa se arrugaba dentro de un puño mientras la otra mano daba brazadas. Podía intentar ponerse la camisa bajo el agua o quizá se atorara entre las mangas. Era tan sencillo cumplir la promesa.



Eduardo Berti nació en Buenos Aires en 1964. A partir de 1983 trabajó en varios medios locales y actualmente es redactor de **Página/12**. Publicó dos ensayos sobre música: "Spinetta, crónica e iluminaciones" (1988) y "Rockología" (1989).

Por Eduardo Berti

EN LA TINAJA

Había que plantar los geranios y podar los setos. Era miércoles a las cuatro de la tarde y la quinta lucía abandonada, como siempre entre semana; más aun bajo un cielo gris ferrugiento. Ellos habían huido de sus oficinas con la misma y torpe excusa; la zona de casaquintas parecía una ciudad desolada.

Mientras el hombre agachado entre los geranios cavaba la tierra, la muchacha bañaba su cuerpo en una tinaja que había hecho rodar hasta el césped mientras la muchacha hundía sus hombros en la tinaja repleta, el hombre olía sin sorpresa la humedad del suelo mientras el hombre olfateaba, la muchacha exhalaba por la nariz unas burbujas con el agua bailoteando bajo sus ojos cuando el hombre terminó su tarea y las herramientas cayeron a sus pies, la muchacha llevaba varios minutos con la cabeza sumergida cuando el hombre la llamó dando un grito que atravesó la quinta, la muchacha lanzó una última y redonda burbuja de ahogo cuando el hombre no obtuvo respuesta al tercer llamado, comenzó a temer por ella mientras el hombre corría hacia la casaquinta entre tropiezos con los pies embarrados; vio la tinaja.

¿Está muerta?, no se atrevía a averiguar él, de pie de frente a la vasija. Sí, está muerta. No, no está. Sí, está muerta y es fácil adivinarlo por la quietud del agua. No está muerta, está a punto de batir un nuevo exagerado record y asomará luego de un brinco. Está muerta y no debería haber alentado ese juego estúpido. Ahora el hombre veía el ondular lento, ingrávido del cuerpo; parecía un cuerpo sin huesos, desgraciado; creyó escuchar un ronroneo de voces en las espirales que contorneaban las curvas de la vasija.

La muchacha solía pasar el tiempo sumergida. Bajo el agua se alentaba a batir sus propias marcas de inmersión y sólo se abalanzaba hacia la superficie cuando intuía haber superado la marca anterior. Un dedo en el agua, eso hizo él; metió un dedo en el agua tibia y espesa. Pensó: debo morir yo también, del mismo modo que ella, a su lado, en la tinaja. Dos días atrás habría destrozado la tinaja de un solo golpe de martillo; una explosión de agua y el cadáver desplomado contra el suelo, entre goterones y astillas terracota. Pero lo ocurrido detenía su ira. En un arrebato de pasión, algo parecido a la locura, el hombre había pactado con la muchacha tres promesas y una lo obligaba a seguir sus pasos y a matarse del mismo modo. Ella era tan joven que su muerte le había resultado irreal aquella noche, pero ahora un hombre de cuarenta años como él debía esforzarse en morir igual que ese hermoso cadáver veinteañero.

Pisó espantado en la tinaja boquituerta, sumergió su torso recién desnudado y tras una cavilación, que él mismo logró sacudir con un movimiento de hombros, se descubrió inmerso aunque demasiado apretujado. Veía flamear la mandíbula de la muchacha. Asomó la cabeza y volvió a hundirla tras doblar aún más sus piernas y encogerlas contra el pecho. Seguía incómodo. Su cara enrojecida apareció en la superficie y volvió a sumergirse tantas veces que esos gestos parecieron más los de un nadador que los de un suicida. La muchacha no le dejaba suficiente agua; no entraban los dos allí. Salió con una urgencia que no había mostrado al introducirse.

Sacar a la muchacha de la tinaja era su plan pero pronto comprobó que no podía con el peso del cadáver. Había arqueado su espalda, las dos manos bajo el agua rodearon la cintura, tironeó en vano hacia arriba. Con cuidado, se repitió; si rompía la vasija no tendría dónde cumplir su promesa. Fue hasta la cocina y regresó con una olla que podía emplearse para sacar agua. Así han hecho los tripulantes de tantos botes inundados a punto de irse a pique. La tarea demanda más de media hora pero, una vez vacía, la tinaja resulta fácil de inclinar y puede deslizarse el cadáver. Rumbo a la cocina, al atravesar la casa, había visto el vestido; ahora la tinaja debía esperar allí tumbada. Ante él yacía la muchacha semidesnuda mostrándole el vientre hinchado de agua y él quiso arroparla bajo aquel vestido de lino blanco e hilos de oro que allí estaba sobre el respaldo de una silla. La vistió y llevó en andas hasta la pileta de natación, arreglándole el pelo en el trayecto. Era curioso: al fondo del jardín, en el corazón de la manzana, se congregaban todas las piscinas de las casaquintas como si alguien se hubiese tomado el trabajo de parcelar un pequeño mar.

La muchacha se hundió con poca elegancia. El hombre deshojaba unas flores y esparcía los pétalos, aquí y allá sobre el agua. Una leve corriente estimulada por el viento se empecinaba en llevar los pétalos hacia los bordes para que de nuevo el cadáver se descubriese bajo el agua aún cristalina. El verano era inminente y a sus amigos, que suelen visitar la piscina, no les dejaría bañarse; mantendría el agua sucia, verdosa. Pero la muchacha ahora volvía a flotar, aunque de espaldas y con los brazos separados del cuerpo en un involuntario ademán de resignación. Caminó hasta el rincón donde había dejado caer las herramientas y tomó un puñado de ramas verdes y hojas secas que lanzó a la piscina; el agua fue convirtiéndose en algo similar a un pantano. Intentó con un palo que la muchacha muerta girase hasta quedar de nuevo boca arriba pero toda vez que lo conseguía algo volvía a voltearla.

El hombre, sentado sobre el pequeño trampolín, la cara hundida entre las manos, miraba la tinaja color arcilla, la boca estrellada contra el suelo, cuando el ruido de un motor lo distrajo; por el sendero entre los setos adivinó la silueta de un auto azul que aminorando la velocidad se acercaba a la casa. De un salto llegó hasta la vasija y la colocó otra vez sobre su base; recogió la camisa que yacía empapada sobre un charco. Pudo oír cómo alguien abría la cerradura de la puerta principal. Una voz familiar recorría la casa. Contuvo el aire y desapareció bajo el agua; de algún modo su hermana menor había obtenido una copia de la llave; quizá no era la primera vez que usaba la quinta pero sí la menos oportuna. Nadó hasta alcanzar un borde, asomó apenas los ojos y la nariz sobre el enjambre flotante de hojas y ramas. Anochecía y su hermana estaba en el jardín con otra persona, un hombre que él no lograba reconocer; conversaban y parecían examinar la tinaja. Ella señaló hacia la piscina pero su amigo la tomó del brazo y la condujo adentro de la casa. Podrían descubrirlo. Intentó hundir el cadáver de la muchacha trepándose, tironeándolo hacia el fondo. Las luces de la casa se apagaron; apenas si lograba ver un destello en la ventana de la habitación. La camisa se arrugaba dentro de un puño mientras la otra mano daba brazadas. Podía intentar ponerse la camisa bajo el agua o quizá se atorara entre las mangas. Era tan sencillo cumplir la promesa.



LOS TRAJES DEL PADRE DE CONDE

Por las mañanas Conde protestaba —Tengo sueño— y al recibir la pregunta —¿Cómo estás?— respondía una y otra vez —He dormido siete horas— o bostezaba adormilado de veras y exageraba la cuenta —Cuatro horas, nada más— mientras las palmas de sus manos se refregaban contra la cara. Pertenecía a aquellas personas siempre dispuestas a acompañar amigos no importa adónde. Nunca rechazaba una invitación, iba a conciertos, bares y cines, mítines, inauguraciones, bailes, casamientos o velorios, despedidas y bautismos. Bastaba que alguien dijera —No tengo quién me acompañe— para que todos lo recomendásemos. Se peinaba a la gomina, el pelo relucía como una cuchara, y vestía los trajes que robaba a su padre, un ex mecánico de ojos torvos y mal carácter, ahora dedicado a restaurar muebles antiguos. Eran apenas dos trajes pero Conde decía —Uno basta, en realidad uno basta— porque el padre regresaba a casa avanzada la noche y no bien colgaba el traje, Conde ya lo había descolgado con sigilo.

Conde no tenía auto, tampoco aceptaba que lo buscasen por la puerta de su casa. El operativo resultaba complicado para quien lo tomara de acompañante esa noche: debía estacionarse en la esquina, tocar tres bocinazos —el del medio más largo— y aguardar hasta que cruzase el umbral casi a hurtadillas, acicalado, el traje recién arrebatado a su padre. Quien solicitase sus servicios debía aportar además dos zapatos número cuarenta. Muchos veían esto como un abuso o una extravagancia; Conde argumentaba —Mi padre no advierte un traje menos pero me mata si llega a descubrir que faltan zapatos: todas las noches, antes de dormir, los lustra y cuenta—, y era verdad.

No eran éstas vueltas de Conde para rechazar invitaciones. Por el contrario, las tardes que no recibía una proposición se lo veía sombrío; nadie reconocía en él a ese engominado que esperaba la señal de los tres bocinazos y caminaba descalzo hacia el auto y al torcer la esquina estiraba la mano para robar una flor pero caía en la cuenta de que el traje no tenía ojal —o sí, aunque clausurado por su padre con una costura certera— y debía guardar la flor en un bolsillo y al tantear los bolsillos descubría secretos de su padre. Sacaba la mano con la prisa de un pescador inquieto por ver qué ha atrapado; encontraba tarjetas personales o profesionales, teléfonos anotados, boletos de tren, recibos comerciales, direcciones de familias que ofrecían sus viejos muebles. Pronto se entusiasmó: podía reconstruir los pasos de su padre, para ello inventó salidas a las que precisaba ir trajeado.

Conde llamaba azul y gris a los dos trajes, aunque el azul tenía rayas negras. Aseguraba que su padre se ponía el gris cuando estaba triste y el azul si estaba alegre. Yo nunca vi alegre a ese hombre huraño que nos impedía visitar a Conde; él igual lo defendía, pero ignoraba aquella tarde que toqué el timbre y me ladró —Conde no está y no moleste más en esta casa—, ignoraba todo eso Conde.

Su padre usaba los trajes para presentarse a comprar los muebles viejos que luego vendía, tras restaurar los fines de semana, en su casa, en el taller del segundo piso. El traje azul escondía unos bolsillos rotos de modo que Conde podía hurgar más allá de ellos; cuando pasaba a buscarlo con el auto y tocaba tres veces bocina y él subía con el saco en la mano y luego lo extendía sobre su falda, igual que un mantel, me proponía un juego:

—Meté el brazo en el bolsillo derecho. Yo meto mi brazo en el izquierdo.

—Ya metí el brazo, ya metí el brazo —decía yo. Nuestras manos se estrechaban en algún punto del saco, dentro del forro.

—Mucho gusto.

—Mucho gusto —repetíamos entre risas. El saco se agitaba dando convulsiones.

El gris en cambio tenía los bolsillos en perfecto estado, pero tantos que Conde demoraba minutos en revisarlos todos y era imposible que allí no encontrase algún rastro, cualquiera.

—Un conejo, algún día sacarás un conejo, como los magos.

—¿Un conejo, como los magos?

—Sí, ahí sobresale la oreja de un conejo —le decía yo.

—¿Dónde?

—Una oreja, una oreja sobresale del bolsillo aquel, ¿ves? Una oreja de conejo.

Era un lento entierro. Conde juntaba papelitos, los examinaba, unía las piezas del rompecabezas; su padre se llenaba de flores; el hijo devolvía los trajes; el padre sumaba más flores rojas que guardaba entre páginas de libros de tapa dura que no había leído.

De fiesta en fiesta, Conde no sabía qué hacer con la información extraída de los bolsillos. Hallaba a veces una servilleta con el nombre de una revista o el título de un libro y estaba a punto de aparecerse al día siguiente con el regalo, pero nunca lo hizo. En ocasiones desliaba los apretados boletos de colectivo, los estudiaba con tal dedicación que podía trazar sobre un plano impreciso de la ciudad los posibles recorridos del padre y aventuraba —Debe haber tomado el 68 hasta Once, luego el tren— creyéndose algo parecido a un detective.

Fue en una exposición de cuadros. Alguien lo llamó por el nombre de su padre acaso porque llevaba el traje gris y paseaba su más conmovedora cara de sueño; Conde buscó los fósforos para encender un cigarro y descubrió, sobresaltado, una vieja foto color sepia. Desde un principio había fantaseado con hallar la foto de una mujer que no fuera su madre, una mujer hermosa, imposible no desearla, pero era éste un retrato borroso donde apenas se distinguían las manos de un cantante o tal vez un locutor gesticulando tras un antiguo micrófono. Sin mirar sus propias manos Conde dictaminó que los dedos de la foto no pertenecían a su padre porque no eran de la familia, y es fácil de entender —Es la sangre que se reconoce—, me explicó tiempo después; aprobé sus palabras inclinando de un golpe mi cabeza.

Supe toda la historia en medio de un baile. Allí Conde se puso en puntas de pie sin que por ello se detuviera la música, apuntó hacia el escenario y con la otra mano me enseñó la foto. —Es el amigo de papá, es el cantante —gritó contra mi nuca mientras señalaba un hombre al que sólo podía reconocer por las manos. Pidió permiso y llegó hasta el pie del escenario donde se mezclaban las notas musicales con los quejidos secretos, inoportunos, de los ajetreados instrumentos. Escuchaba algo distinto que los demás, el ruido del motor. Lo alcancé y me detuve a un lado, apoyé mi antebrazo en su espalda para infundirle calma pero no prestó atención; absorto seguía con ojos y cuello el remolino de manos del cantor.

Al finalizar el baile nos acercamos al cantor para mostrarle la foto. Lo encontramos a un costado de los músicos que hablaban entre sí, comentando a gritos los acontecimientos de la noche; guardaba un pesado silencio como si hubiese gastado allí arriba las palabras. Conde alzó la foto sepia sobre sus cejas y el cantor quedó perplejo. Un breve silencio; tomó la foto entre sus dedos y dijo que ése era él cuando actuaba en las radios. Conde explicó que su padre también había trabajado, tiempo atrás, como técnico. El cantor quiso saber el nombre y apellido, los escuchó, quedó masticándolos y al fin exclamó —Viceeeeente— con un entusiasmo que había ocultado hasta ese momento.

El cantor hizo una seña con los dedos; los músicos tocaron una melodía triste. La conversación había terminado aunque Conde en vano quisiese hablar por sobre la música. Vimos cómo nos saludaba, mejor dicho nos despedía haciendo la mímica de cantar, el pecho inflado, la mandíbula floja, sin emitir siquiera un susurro. Al llegar al auto Conde quiso volver caminando a su casa; insinuó el gesto de sacarse los zapatos pero le dije que estaba loco si creía que iba a dejarlo marchar descalzo.

Apareció a la mañana siguiente en casa con ojos de sueño. Traía bajo las axilas los zapatos recién lustrados. No había podido dormir —cinco horas—, dijo. Por la mañana, como todos los domingos, había encontrado a su padre en el taller. Le costó mucho ocultar su descubrimiento. No veía el momento de contarle que había conocido a ese viejo amigo de la radio.

—¡Me estás espiando, me estás espiando! —explotó el padre y sus ojos se pusieron más torvos aún. Conde sólo había contado el inicio de la historia.

—Es tu amigo, es tu amigo de la radio —continuó.

—¿Amigo de quién?

Es tu amigo, el de la radio.

—Acá no se ve nada —respondió el padre— ¡Ni siquiera estás espiándome bien! ¿Quién es el tipo? ¿Quién es?

Conde tragó saliva. Hubiera preferido olvidar todo el asunto.

—No sé, yo encontré la foto.

—¿Dónde la encontraste?

—En un traje la encontré.

—¿Un traje mío, no? ¿En un traje mío? —bramó el padre y lanzó un golpe contra la mesa del taller.

—Creo, sí, creo que era tuyo.

—¡También me estás robando los trajes! Espiando y robando los trajes, mis trajes...

Conde se encontraba al rato en casa con la excusa de devolver los zapatos pero para huir de la ira paterna. —Quiso pegarme. Siempre quiere pegarme cuando se enoja—, sollozó y al hacerlo bailaron esos zapatos en sus manos. En el taller de muebles viejos olor a barniz, Conde había anhelado que su padre lanzara un grito tan agudo como el Viceente del cantor, o relatase una larga e interesante historia hasta perder el aliento, o admitiera todo sobre sus años jóvenes como un asesino que se desboca ante la prueba irrefutable, pero no; el padre de roca inconmovible ofreció la espalda y dándole poca importancia a todo el episodio gritó que esa foto sepia había aparecido en algún mueble ajeno.

—Una foto de otro, una foto de otro —lamentó y quiso arrancársela a Conde de un manotazo.

Nunca más pudo Conde usar el traje gris ni el azul con rayas negras. Ahora su padre cerraba el armario con candado. Nosotros que tanto recurrimos a sus servicios habíamos decidido obsequiarle un traje y para ello escogimos el modelo ideal. No importó el color, ni el corte, ni el ancho de solapas, ni el talle del pantalón; sólo importaban los bolsillos, todo giraba alrededor de un hueco.

Martes 22 de enero de 1991

en 1964. A partir
s locales y
2. Publicó dos
, crónica e
gía'' (1989).

LOS TRAJES DEL PADRE DE CONDE

Por las mañanas Conde protestaba —Tengo sueño— y al recibir la pregunta —¿Cómo estás?— respondía una y otra vez —He dormido siete horas— o bostezaba adormilado de veras y exageraba la cuenta —Cuatro horas, nada más— mientras las palmas de sus manos se refregaban contra la cara. Pertenecía a aquellas personas siempre dispuestas a acompañar amigos no importa adónde. Nunca rechazaba una invitación, iba a conciertos, bares y cines, mítines, inauguraciones, bailes, casamientos o velorios, despedidas y bautismos. Bastaba que alguien dijera —No tengo quién me acompañe— para que todos lo recomendásemos. Se peinaba a la gomina, el pelo relucía como una cuchara, y vestía los trajes que robaba a su padre, un ex mecánico de ojos torvos y mal carácter, ahora dedicado a restaurar muebles antiguos. Eran apenas dos trajes pero Conde decía —Uno basta, en realidad uno basta— porque el padre regresaba a casa avanzada la noche y no bien colgaba el traje, Conde ya lo había descolgado con sigilo.

Conde no tenía auto, tampoco aceptaba que lo buscasen por la puerta de su casa. El operativo resultaba complicado para quien lo tomara de acompañante esa noche: debía estacionarse en la esquina, tocar tres bocinazos —el del medio más largo— y aguardar hasta que cruzase el umbral casi a hurtadillas, acicalado, el traje recién arrebatado a su padre. Quien solicitase sus servicios debía aportar además dos zapatos número cuarenta. Muchos veían esto como un abuso o una extravagancia; Conde argumentaba —Mi padre no advierte un traje menos pero me mata si llega a descubrir que faltan zapatos: todas las noches, antes de dormir, los lustra y cuenta—, y era verdad.

No eran éstas vueltas de Conde para rechazar invitaciones. Por el contrario, las tardes que no recibía una proposición se lo veía sombrío; nadie reconocía en él a ese engominado que esperaba la señal de los tres bocinazos y caminaba descalzo hacia el auto y al torcer la esquina estiraba la mano para robar una flor pero caía en la cuenta de que el traje no tenía ojal —o sí, aunque clausurado por su padre con una costura certera— y debía guardar la flor en un bolsillo y al tantear los bolsillos descubría secretos de su padre. Sacaba la mano con la prisa de un pescador inquieto por ver qué ha atrapado; encontraba tarjetas personales o profesionales, teléfonos anotados, boletos de tren, recibos comerciales, direcciones de familias que ofrecían sus viejos muebles. Pronto se entusiasmó: podía reconstruir los pasos de su padre, para ello inventó salidas a las que precisaba ir trajeado.

Conde llamaba azul y gris a los dos trajes, aunque el azul tenía rayas negras. Aseguraba que su padre se ponía el gris cuando estaba triste y el azul si estaba alegre. Yo nunca vi alegre a ese hombre huraño que nos impedía visitar a Conde; él igual lo defendía, pero ignoraba aquella tarde que toqué el timbre y me ladró —Conde no está y no moleste más en esta casa—, ignoraba todo eso Conde.

Su padre usaba los trajes para presentarse a comprar los muebles viejos que luego vendía, tras restaurar los fines de semana, en su casa, en el taller del segundo piso. El traje azul escondía unos bolsillos rotos de modo que Conde podía hurgar más allá de ellos; cuando pasaba a buscarlo con el auto y tocaba tres veces bocina y él subía con el saco en la mano y luego lo extendía sobre su falda, igual que un mantel, me proponía un juego:

—Meté el brazo en el bolsillo derecho. Yo meto mi brazo en el izquierdo.

—Ya metí el brazo, ya metí el brazo —decía yo. Nuestras manos se estrechaban en algún punto del saco, dentro del forro.

—Mucho gusto.

—Mucho gusto —repetíamos entre risas. El saco se agitaba dando convulsiones.

El gris en cambio tenía los bolsillos en perfecto estado, pero tantos que Conde demoraba minutos en revisarlos todos y era imposible que allí no encontrase algún rastro, cualquiera.

—Un conejo, algún día sacarás un conejo, como los magos.

—¿Un conejo, como los magos?

—Sí, ahí sobresale la oreja de un conejo —le decía yo.

—¿Dónde?

—Una oreja, una oreja sobresale del bolsillo aquel, ¿ves? Una oreja de conejo.

Era un lento entierro. Conde juntaba papelitos, los examinaba, unía las piezas del rompecabezas; su padre se llenaba de flores; el hijo devolvía los trajes; el padre sumaba más flores rojas que guardaba entre páginas de libros de tapa dura que no había leído.

De fiesta en fiesta, Conde no sabía qué hacer con la información extraída de los bolsillos. Hallaba a veces una servilleta con el nombre de una revista o el título de un libro y estaba a punto de aparecerse al día siguiente con el regalo, pero nunca lo hizo. En ocasiones desliaba los apretados boletos de colectivo, los estudiaba con tal dedicación que podía trazar sobre un plano impreciso de la ciudad los posibles recorridos del padre y aventuraba —Debe haber tomado el 68 hasta Once, luego el tren— creyéndose algo parecido a un detective.

Fue en una exposición de cuadros. Alguien lo llamó por el nombre de su padre acaso porque llevaba el traje gris y paseaba su más conmovedora cara de sueño; Conde buscó los fósforos para encender un cigarro y descubrió, sobresaltado, una vieja foto color sepia. Desde un principio había fantaseado con hallar la foto de una mujer que no fuera su madre, una mujer hermosa, imposible no desearla, pero era éste un retrato borroso donde apenas se distinguían las manos de un cantante o tal vez un locutor gesticulando tras un antiguo micrófono. Sin mirar sus propias manos Conde dictaminó que los dedos de la foto no pertenecían a su padre porque no eran de la familia, y es fácil de entender —Es la sangre que se reconoce—, me explicó tiempo después; aprobé sus palabras inclinando de un golpe mi cabeza.

Supe toda la historia en medio de un baile. Allí Conde se puso en puntas de pie sin que por ello se detuviera la música, apuntó hacia el escenario y con la otra mano me enseñó la foto. —Es el amigo de papá, es el cantante —gritó contra mi nuca mientras señalaba un hombre al que sólo podía reconocer por las manos. Pidió permiso y llegó hasta el pie del escenario donde se mezclaban las notas musicales con los quejidos secretos, inoportunos, de los ajetreados instrumentos. Escuchaba algo distinto que los demás, el ruido del motor. Lo alcancé y me detuve a un lado, apoyé mi antebrazo en su espalda para infundirle calma pero no prestó atención; absorto seguía con ojos y cuello el remolino de manos del cantor.

Al finalizar el baile nos acercamos al cantor para mostrarle la foto. Lo encontramos a un costado de los músicos que hablaban entre sí, comentando a gritos los acontecimientos de la noche; guardaba un pesado silencio como si hubiese gastado allí arriba las palabras. Conde alzó la foto sepia sobre sus cejas y el cantor quedó perplejo. Un breve silencio; tomó la foto entre sus dedos y dijo que ése era él cuando actuaba en las radios. Conde explicó que su padre también había trabajado, tiempo atrás, como técnico. El cantor quiso saber el nombre y apellido, los escuchó, quedó masticándolos y al fin exclamó —Viceeeeente— con un entusiasmo que había ocultado hasta ese momento.

El cantor hizo una seña con los dedos; los músicos tocaron una melodía triste. La conversación había terminado aunque Conde en vano quisiese hablar por sobre la música. Vimos cómo nos saludaba, mejor dicho nos despedía haciendo la mímica de cantar, el pecho inflado, la mandíbula floja, sin emitir siquiera un susurro. Al llegar al auto Conde quiso volver caminando a su casa; insinuó el gesto de sacarse los zapatos pero le dije que estaba loco si creía que iba a dejarlo marchar descalzo.

Apareció a la mañana siguiente en casa con ojos de sueño. Traía bajo las axilas los zapatos recién lustrados. No había podido dormir —cinco horas—, dijo. Por la mañana, como todos los domingos, había encontrado a su padre en el taller. Le costó mucho ocultar su descubrimiento. No veía el momento de contarle que había conocido a ese viejo amigo de la radio.

—¡Me estás espiando, me estás espiando! —explotó el padre y sus ojos se pusieron más torvos aún. Conde sólo había contado el inicio de la historia.

—Es tu amigo, es tu amigo de la radio —continuó.

—¿Amigo de quién?

Es tu amigo, el de la radio.

—Acá no se ve nada —respondió el padre— ¡Ni siquiera estás espiándome bien! ¿Quién es el tipo? ¿Quién es?

Conde tragó saliva. Hubiera preferido olvidar todo el asunto.

—No sé, yo encontré la foto.

—¿Dónde la encontraste?

—En un traje la encontré.

—¿Un traje mío, no? ¿En un traje mío? —bramó el padre y lanzó un golpe contra la mesa del taller.

—Creo, sí, creo que era tuyo.

—¡También me estás robando los trajes! Espiando y robando los trajes, mis trajes...

Conde se encontraba al rato en casa con la excusa de devolver los zapatos pero para huir de la ira paterna. —Quiso pegarme. Siempre quiere pegarme cuando se enoja—, sollozó y al hacerlo bailaron esos zapatos en sus manos. En el taller de muebles viejos olor a barniz, Conde había anhelado que su padre lanzara un grito tan agudo como el Viceente del cantor, o relatase una larga e interesante historia hasta perder el aliento, o admitiera todo sobre sus años jóvenes como un asesino que se desboca ante la prueba irrefutable, pero no; el padre de roca inconmovible ofreció la espalda y dándole poca importancia a todo el episodio gritó que esa foto sepia había aparecido en algún mueble ajeno.

—Una foto de otro, una foto de otro —lamentó y quiso arrancársela a Conde de un manotazo.

Nunca más pudo Conde usar el traje gris ni el azul con rayas negras. Ahora su padre cerraba el armario con candado. Nosotros que tanto recurrimos a sus servicios habíamos decidido obsequiarle un traje y para ello escogimos el modelo ideal. No importó el color, ni el corte, ni el ancho de solapas, ni el talle del pantalón; sólo importaban los bolsillos, todo giraba alrededor de un hueco.

VIÑUELA

MAR DEL PLATA

Cine al aire libre: En el ciclo denominado Cine en el parque que se realiza en la Villa Victoria Ocampo se proyectará hoy *Un tranvía llamado deseo* (Estados Unidos, 1951), una realización de Elia Kazan basada en la novela de Tenessee Williams e interpretada por Marlon Brando, Vivien Leigh, Kim Hunter y Karl Malden. Ganadora de cinco Oscar de la Academia de Hollywood, es un clásico para recordar. Mañana, en el mismo lugar se verá *Cinema Paradiso* (Italia, 1989), la ópera prima con la que Giuseppe Tornatore obtuvo a los 33 años el Oscar a la mejor película extranjera. Protagonizada por Phillippe Noiret, Jacques Perrin, Agnese Nano y Leopoldo Trieste y con música de Ennio Morricone, el film narra la relación entre un niño —que luego se convertirá en cineasta— y el viejo operador de la única sala cinematográfica que había en un pueblito siciliano cerca de Palermo. Un homenaje a la vida vestida de celuloide, sin golpes bajos ni melancolía almibarada. Las funciones, ambos días, son a las 22.30.

VILLA GESELL

Dime cuánto tienes y te diré dónde te alojas: Convertida en una playa vedette a juzgar por la cantidad de gente que ha elegido pasar aquí sus vacaciones, y con la capacidad hotelera colmada durante el último fin de semana, Villa Gesell transita la temporada sin sufrir demasiado las consecuencias de la crisis económica. Para los previsores que ya quieran ir haciendo las reservas para el próximo mes de febrero, la cotización hotelera ronda en los 150 dólares la habitación doble, con desayuno incluido en los coquetísimos cuatro estrellas; los 75 dólares diarios en un tres estrellas y en los de constelaciones más modestas se puede conseguir alojamiento a un



valor de 40 hasta 60 dólares. Todo depende del telescopio con que se mire.

Cuando calienta el sol: Al mediodía, cuando la piel suplica por un poquito de sombra y el estómago por una comidita reparadora, vale la pena tener en cuenta algunos opciones. En el balneario Merimar, ubicado a la altura del Paseo 107, María Konrad, una misionera que trabaja en Villa Gesell desde hace 37 años prepara almuerzos caseros para saborear mirando el mar y volver a la playa con sólo dar dos pasos. La carta incluye chucrut (20.000 australes); peceto (24.000) milanesa (16.000), pollo con champignon (25.000); gran variedad de ensaladas a un precio que oscila entre los 10.000 y los 18.000 australes. Para el postre, o a la hora del té se recomienda especialmente la tarta de fresas y la de manzanas (17.000 australes). El Meriservice, que así se llama el restaurante en cuestión, abre a las 11 y cierra después de la caída del sol. También para el mediodía, pero para los que estén consagrados a la onda diet, se sugiere dar una vuelta por el bar de frutas que ha instalado el balneario Charlie, sucumbiendo a la onda tropical que sopla en estos tiempos. Quienes, en cambio, prefieran alejarse de la playa —pero no mucho— en el horario del almuerzo, en 108 y Avenida 1 la parrilla Salsa Criolla ofrece carnes y ensaladas de las más diversas en un ambiente tranquilo y lejos del sol implacable. Haciéndole honor al nombre del restaurante, los platos se sirven acompañados de una salsa que no será tan picante como la de Enrique Pinti, pero que también es de estas tierras.



Phillipe Noiret y Salvatore Cascio en una escena de la memorable "Cinema Paradiso" (Italia, 1989).

ORTODOXO

1	2	3		■	4	5	6	7	8	9
10			■	11						
12			13		■	14				
15					16	■	17			
	■	18				19		■	20	
■	21							22		■
23		■	24						■	25
26		27		■	28				29	
30				31	■	32				
33					34		■	35		
36						■	37			

HORIZONTALES
1) Costoso. 4) Eludes con astucia una dificultad prevista. 10) Oficial del ejército turco. 11) (Miguel de) Escritor y filósofo español. 12) Reyes de Rusia. 14) Emperador romano. 15) Limpiad el grano con el arel. 17) Pieza de barro cocido con que se cubren los techos. 18) Provincia de España. 20) Terminación de infinitivo. 21) Pertenecientes o relativos al trabajo. 23) Pronombre personal. 24) Se atrevían. 26) Amarrar. 28) Está o se encuentra en determinado lugar. 30) Arbol cuyo fruto es la pera. 32) Arbol cuyo fruto es la nuez. 33) Relativo a la Arabia. 35) Millar. 36) De color de rosa. 37) Cabello blanco.

VERTICALES
1) Perseguir y atrapar animales. 2) Esclava de Abraham y madre de Ismael. 3) Extravagancia. 4) Dentro de. 5) Acuden. 6) Semejante al metal. 7)Perdure. 8) Enfadas. 9) Producir sonido. 11) Utilizamos. 13) Preparaba un producto. 16) Cubrir con oro. 19) Planta hortense, de raíz picante. 21) (Martín) Iniciador de la Reforma en Alemania. 22) Expresión de interpretación difícil. 23) Cubrir. 25) Defecto, imperfección. 27) Labras con el arado. 29) Hijo de Adán y Eva. 31) Combate, pelea. 34) Juego de origen chino.

